

Francisco Dussuel S. J.

Lo religioso en Magallanes Moure

“... .. Ya no creo, no creo. Hace ya mucho tiempo que la ilusión se vuelve transparente como un cristal, que la mirada de mi alma atraviesa para ver en el fondo la descarnada imagen de la inmóvil verdad. *Hace ya tanto tiempo que se fue la ilusión*”.—(“Angelus”).



EN ESTE “*poeta contemplativo, lírico del amor y señor del paisaje*”, como lo llama Carlos René Correa, advertimos el fenómeno frecuente en los poetas chilenos: la fe que en un tiempo iluminó la mente y robusteció la voluntad, se ha esfumado para dar paso a una amarga nostalgia, que en Magallanes se transforma en ilusión o en negación, sin tocar los linderos de la rebelión.

Povilas Petras Stelingis Norkute dedica el capítulo VII de su estudio *La poesía de Manuel Magallanes Moure* (Santiago, 1953, inédito), al análisis esquemático de la faceta religiosa del poeta, que no encierra ciertamente problemas metafísicos y encuentra su explicación en un hecho familiar: la muerte de su hijita Amalia acaecida en 1911.

Desde esta fecha Magallanes siente cómo se desmorona el edificio de su fe, que hasta entonces se había cimentado en el catolicismo. Su esposa, doña Amalia Vila de Magallanes, enlutada como el poeta, llevó también siempre abierta la herida, que en último término constituyó para ambos una incomprensible injusticia divina (1).

El 1.º de abril de 1911 escribía el pintor Juan Francisco González a Magallanes desde Melipilla:

“Es imposible conformarse, porque es imposible admitir la injusticia y la brutalidad...

“Es cierto lo que me dices y hasta es razonable, pero otra cosa es lo que yo tengo en mí y me estrangula sin tregua. La muerte en los viejos es lógica y hasta necesaria; ¡pero un niño en el que empieza la vida señalándose con todas las gracias! Es inadmisible e incomprensible”

Estas páginas del gran pintor, anciano ya, indican en la misma letra temblorosa con que están escritas, el desgarró interior del amigo, y la rebelión contra la Providencia.

Magallanes es más sereno, pero su tragedia paterna se desliza por lo más recóndito de su espíritu (2).

Hemos visto dos poemas inéditos que expresan su dolor.

*Ahora que por siempre la dejamos
durmiendo en su camita de albas flores
dulcemente evoquemos su memoria.*

(1) Muchas de estas noticias han sido recogidas en el hogar de don Lorenzo Redondo, casado con la señora Mireya Magallanes de Redondo, única hija sobreviviente del poeta.

En el archivo familiar, que consultamos gracias a la gentileza de estos amigos, hallamos valiosos documentos inéditos, que insertamos en nuestro estudio.

(2) Este análisis que hoy publicamos en “Atenea”, constituye uno de los capítulos de nuestra próxima obra: *La inquietud religiosa en algunos poetas chilenos*.

*Dulcemente sin las exaltaciones
que al principio agitaron nuestro espíritu;
dulcemente sin llantos gemidores
ni quejas doloridas. Dulcemente...*

En otro esbozo, escrito de puño y letra con todo el dolor de lo acaecido; en ese manuscrito lleno de correcciones, en un papel cualquiera, vuelca el poeta todo su quebranto:

*¡Te fuiste, niña mía!
Y contigo se fueron los dorados
días de sol. ¿Dónde está la alegría
del sol y la luz de tus ojos amados?
Lejos, lejos,
quedó el mar de nuestros amores.
El, en tu almita puso sus reflejos
y en mi alma sus amargores.
AHORA tu madre con los ojos rojos
de llorar, se inclina callada
sobre la labor y a cada puntada
se lleva el pañuelo a los ojos.
AHORA tu hermanita
en un rincón sus muñecos apresta
pero no ríe ni grita
y es triste su fiesta
porque sus discursos quedan sin respuesta.
AHORA mi mirada
está fija en la puerta cerrada
como las novias de los cuentos
estoy con los oídos y los ojos atentos
por ver si regresas, mi niña amada.
En tanto
caen lentamente la lluvia y el llanto.*

No exijamos perfección formal, pues da la impresión que nos hallamos frente a borradores que no fueron después retocados. Lo que aquí está en primer plano es el latido de un alma dolorida, tiernamente apesurada, gimiendo por la ausencia de un ser querido. No vuela su espíritu a la ignota región de los misterios trascendentes, desde donde se mueven los invisibles hilos del devenir humano.

La visión poética es extremadamente subjetiva y la *relación temporal*, expresada en el adverbio "*Ahora*", encabezamiento de las tres últimas estrofas, nos indica claramente el vacío que "ahora" se siente, mientras esté "*ella*" ausente.

En *La Jornada* (1910) existe un poema titulado "Niños", exquisita expresión poética de "*los diablillos encantadores — que hacen la dicha de sus mayores*".

*¡Cómo sería triste la vida
si no existieras, oh bendecida
banda de pájaros en libertad!*
.....
*Sois los mimados de la existencia.
Si pedís algo, vuestra impaciencia
no ha de ser largo tormento, no.
Y si os ocurre pedir la luna,
la tendréis, hijos de la fortuna,
pues nada os niega ni el mismo Dios.*

En todo el poema late con encendida emoción un tierno cariño, que se afina en lo más hondo de su alma, tan hipersensible al afecto familiar. No es de extrañar por lo tanto que la muerte de Amalia trizara su alma y que la risa se transformara en llanto y la algarabía del loco jugar en añoranza adolorida.

En la muerte de su hija no hay Dios ni eternidad ni Providencia. La herida abierta destilará amargura contra el cielo, suavizada en parte por el amor de Mireya en la que depositará todo el amor paterno, que a través de sus cartas sobre todo, aparece tierno y delicado,

ardiente y absorbente. Centró en ella todo el fervor de su corazón apasionado y Mireya será la confidente de sus más recónditos anhelos y profundas inquietudes.

EPISTOLARIO DE MAGALLANES MOURE

Para comprender mejor el problema religioso de nuestro poeta, hemos de recurrir a su epistolario, inédito aún.

Existen dos cartas enviadas a Mireya desde París, en las que conversa con su idolatrada hija, acerca de todo lo que ha visto y sentido.

El Jueves Santo, 13 de abril de 1922, le narra su visita a Notre Dame de París:

“Estuve largo rato contemplando aquella grandeza majestuosa y escuchando el vago lamentarse del órgano y de un coro de voces misteriosas. Aquella música triste y lejana murmuraba como un soplo en el vasto templo y no se sabía de dónde venía...”

Los grandes vitrales, la descomposición de la luz en coloraciones violetas, rojas, azules y doradas; las arquerías, los muros, la pálida coloración verdosa de la penumbra, elevan su espíritu hacia Mireya y le escribe:

“¿Qué siente mi Mireya en materia de religión? Yo no sé lo que tú sientes. ¿Crees en algo? Yo he procurado siempre hacerte ver lo que hay de pequeño, de excesivamente humano en aquellos que han tomado a su cargo el gobierno, como quien dice, de la Religión Católica. La Religión Católica me parece un hervidero de pasiones y miserias. Hay que apartarse de los que la forman si se quiere ser verdaderamente religioso...”

“Como la religión se siente y no se piensa, la mejor religión de cada uno es la que cada uno puede sentir. ¿Qué sientes tú,

mi hija? Dime algo o guárdame lo que me has de decir cuando estemos juntos. ¡Tanto que tenemos que decirnos!”

Estos trozos esclarecen el problema. Ante todo nos hallamos frente a un espíritu de fina sensibilidad artística. El arte católico lo sobrecoge no por su contenido sino por la realización estética. Sin penetrar en el simbolismo que encierra, su espíritu se solaza en la armonía de colores, en la sinfonía de las arquerías y en el “*vago lamentarse del órgano*”. Otros, como Pieter Van der Meer Valkeren y Paul Claudel, vieron y oyeron sí, pero fue el comienzo de su regreso integral a Dios. Magallanes Moure vibra estéticamente, pero nada más, si no es la “inquietud religiosa”, que se aviva bajo las imponentes bóvedas de Notre Dame, y la confía a su hija Mireya.

Advertimos también en esta carta el rechazo de la Religión Católica y si es verdad que hace hincapié en el elemento humano de la Iglesia para abominar de ella por considerarla “*un hervidero de pasiones y miserias*”, no es menos cierto que lo esencial está en su actitud *Antidogmática*, perfectamente explicable en un hombre sin fe.

Privado de esta luz no puede comprender la misión divina de la Iglesia de Cristo y está incapacitado para entender la acción oculta, pero positiva de la gracia que realiza su misión salvadora a pesar de las deficiencias humanas.

Magallanes Moure no niega el valor de lo religioso. Por el contrario, lo afirma y a través de su correspondencia y de sus creaciones poéticas se percibe claramente una constante preocupación.

Para él *La Religión es un sentimiento*. Recordemos sus palabras:

“Como la Religión se siente y no se piensa, la mejor religión de cada uno es la que cada uno puede sentir”.

“Religión como sentimiento” se opone a la Religión Revelada, pues rechaza todo dogma, para circunscribirse sólo a la esfera del Yo, que crea su Dios y lo condiciona a sus exigencias vitales. Más ade-

lante veremos cómo este principio explica su concepción de la divinidad.

¿Por qué sorprendernos entonces que repudie a la Iglesia Católica, esencialmente dogmática, no por capricho sino por la aceptación de la verdad divina revelada a los hombres?

Nuestro poeta al igual que muchos otros, cree que la admisión de los dogmas encierra una actitud degradante para el ser humano y no se da cuenta que el fundamento radica nada menos que en la misma verdad divina manifestada a los hombres en un mensaje de amor.

Magallanes explica a Mireya su concepto de Dios.

En carta fechada en París el 20 de abril de 1922, dice:

“Yo no creo que haya un Dios que se distrae dando vidas a los hombres y haciéndolos sufrir para hacerlos felices más allá de la muerte. Ese no sería Dios. Sería un hombre más cruel que muchos otros y nada más.

“*Para mí es Dios todo lo que no comprendo, todo lo que es misterioso. Lo desconocido es Dios, lo inexplicable dentro de nosotros y fuera de nosotros.* Los hombres primitivos, que ignoraban lo que era el sol, lo que era la luna y los consideraban dioses, me parecen menos estúpidos o más religiosos que los hombres civilizados, que descubrieron un Dios con figura de hombre viejo y espíritu de abuelo enojón. Fue empequeñecer sin duda la idea de Dios y quitarle grandeza y belleza.

“¿Piensas como yo, mi hija? *Dime lo que piensas y juntos trataremos de encontrar a Dios. ¿Quieres?*”

No se necesita ser muy suspicaz para captar en estas líneas la angustia del que va sin rumbo cierto. Emociona ese anhelo inquietante de conocer la verdad, de transformar al “*Peregrino de la Absoluto*” en el poseedor de lo eterno.

Ese Dios, vago, incomprensible y desconocido de que nos habla, nada tiene que ver con el *Dios Silencio* sartriano, que en “*Le Diable et*

le bonn dieu" encarna "la nada" en oposición al "hombre" que vive, aunque sea incapaz de realizar sus sueños.

Magallanes Moure sin formación religiosa, desea aprisionar a Dios en sus cálculos humanos. He ahí el gran error. Sin embargo, late en su espíritu una inquietud sincera: "*juntos trataremos de encontrar a Dios*".

Y en otra parte de la carta que comentamos escribe a Mireya:

"Yo nunca traté de imponerte nada; nunca tuve por lo menos tal propósito y ahora menos que nunca. Te ayudaré si lo deseas; si crees que puedo ayudarte. Tú me ayudarás a mí también. Yo necesito que me ayudes, mi hija. Con todo tu cariño me habrás de sostener..."

VOLVAMOS A SU POESIA

Colocamos al comienzo de nuestro estudio los desgarrados versos de *Angelus*, poema breve, pero de extraordinaria fuerza. En realidad Magallanes alcanza en él a condensar toda la angustia de su espíritu.

El "*ya no creo*", "*no creo*"... "*Hace ya mucho tiempo que se fue la ilusión*", se suaviza en los últimos versos de esta bella poesía de "Florilegio". Las evocadoras palabras de la oración: "*Dios te salve, María, llena eres de gracias*"... surgen como "*un amor de ensueño*", que se fue, es cierto, pero que retorna tal vez en la nostalgia:

*Pero cuando en la paz del campo y de la tarde
vuelven a mí las suaves palabras: "Dios te salve,
María", algo en mi alma tiembla, como el recuerdo
de un sueño de ternura, se humedecen mis ojos
y una triste dulzura entra en mi corazón.*

Ese "algo" que tiembla en su alma "como un sueño de ternura" es el "vacío de lo divino", que su espíritu tan enamorado de lo bello, debía añorar más que nadie. No importan los deslices, pues son ellos los que muchas veces acrecientan el deseo de un acercamiento más definitivo.

Hemos leído un manuscrito a lápiz, corregido y aumentado; poema sincero que refleja también otros matices de su tragedia interior. Lo titula *Loa a una mujer casta* y vemos entre él y *Angelus* relaciones tan íntimas, que por ser inédito transcribiremos aquí en sus partes más importantes:

*Eres bella y tu hermosura
vierte sobre mi pasión
una onda de frescura.
Me haces, mujer, la impresión,
que hace el bálsamo en la herida:
refrescas mi corazón.
Consuelas mi alma afligida,
calmas mis profundas penas,
endulzas mi amarga vida.*

.....
*Retorno a la lejanía
de mi infancia y vuelve a mí
aquella ingenua alegría
que muerta en mi alma creí;
niño, niño vuelvo a ser
cuando me hallo junto a ti.*

*Bendita seas, mujer,
porque siendo hermosa no eres
lo que bien podrías ser.*

*Bendita entre las mujeres
y entre los hombres, bendita,
donde estés y adonde fueres.
Porque tu encanto no excita
como un brebaje ardoroso
ni al amor cruel invita.*

Magallanes es sin duda el poeta del amor. Este *leit motiv* rico en matices lo envuelve y transforma su poesía en surtidor de belleza. A veces es tierno como una caricia, otras es fuego que devora; a veces es "hambrienta manada de deseos", otras es "un divino y largo esfuerzo". A través de él Magallanes contempla la naturaleza y se la apropia para expresar todo el "dulce desmayo" o el "sabor amargo de los labios sedientos".

Su expresión del amor no condensa arrobamientos románticos convencionales. Se agita siempre con impulso vital, que de "sendero de ilusión" se transforma después en un ir y venir por la vida ansioso de emociones. *El sendero*, hermoso poema que hallamos en *De la jornada*, sintetiza admirablemente esta insatisfacción atenazadora:

*Mi amor lo tengo comparado
con un sendero de ilusión:
por él entréme descuidado
y no sé ahora adónde voy.*

.....
*Rumor de abismo muchas veces
oigo después canto de amor
temores tengo y languideces
y no sé nunca adónde voy.*

Quien conozca la poesía de Magallanes verá con qué vigor nos ofrece su pasión amorosa, no exenta por cierto de crudos toques naturalistas, expresión de una añoranza o de un deseo.

Hemos anotado estas ideas para comprender mejor todo el contenido que se esconde en *Loa a una mujer casta*, poema inédito, íntimamente relacionado con las vicisitudes de su angustioso vivir y que encarna además una emotiva reminiscencia espiritual.

Hay "*una mujer casta*" por excelencia, "*María*", la que en el *Angelus* remueve las cenizas y le hace exclamar:

*Pero cuando en la paz del campo y de la tarde
vuelven a mí las suaves palabras: "Dios te salve,
María", algo en mi alma tiembla, como el recuerdo
de un sueño de ternura, se humedecen mis ojos
y una triste dulzura entra en mi corazón.*

No busquemos recónditos misterios. Percibamos simplemente la ardiente delicadeza de esta alma y no nos extrañará esta plegaria clamorosa, que busca "*la descarnada imagen de la inmóvil verdad*", a través precisamente de una "*mujer casta*", hermoso símbolo de la pureza tan lejana pero tan añorada por el poeta.

No es esta una afirmación gratuita, fruto del frenesí apologista, como podrían creer algunos. Basta recordar todo lo que le sugiere esa "*mujer casta*":

*Retorno a la lejanía
de mi infancia y vuelve a mí
aquella ingenua alegría
que muerta en mi alma creí;
niño, niño vuelvo a ser
cuando me hallo junto a ti.*

Pureza, anhelo de verdad y simplicidad infantil, constituyen un tríptico demasiado elocuente para que insistamos en el análisis de algo tan cristalino.

Réstanos aún estudiar la resultante de los elementos poéticos que asoman con relativa frecuencia en su obra: *El Amor y Dios*.

Hemos visto un poema, *Dios*, en el que coexisten ambos factores iluminándose y enriqueciéndose a la vez.

No hallamos en este trozo lírico elevadas proyecciones trascendentes. Una vibrante palpitación de vida y afecto estremece sus versos para establecer luego una relación divina, que explica el rendido amor por la mujer.

*Si a Dios, si a Dios no ha de ser
¿a quién te he de agradecer?*

*Pues al fin has venido
y a mi querer te has dado
ya mi ensueño por ti se haya cumplido.
¿A quién, di, mujer,
te he de agradecer?*

*Pues en mi vida pones
afán de gratitud
que quiere ser rendido en oraciones,
¿a quién di, mujer,
te he de agradecer?*

*Pues el don peregrino
de tu amor es un don
que me estremece de fervor divino,
¿a quién, di, mujer,
te he de agradecer?*

*Pues busqué sin hallar
por el don de tu amor
un ser o un signo a quien las gracias dar,
HE DE CREAR DENTRO DE MÍ, MUJER,
UN DIOS DE AMOR, A QUIEN TE AGRADECER.*

Hemos copiado el manuscrito tal como lo conocimos. Magallanes nos sorprende en sus dos últimos versos. Vuelven aquí a aparecer las ideas expuestas en las cartas a Mireya, escritas desde París. Es un Dios "propio", creado como exigencia vital y circunscrito a la esfera de lo "Ideal". No se trata, pues, de un acto de fe en el Ser Supremo, aceptando el plan providencialista.

Escudriñando el archivo familiar nos conmovió el hallazgo de un poema titulado *El poeta crea a Dios*, pues es el mismo que comentamos (*Dios*). La intención de Magallanes está más nítida.

¿Qué significa esto? ¿Es un Dios creado por el poeta como idea, como sublimación? ¿Hay aquí una influencia filosófica o es un espontáneo arranque del subjetivismo del artista, que crea a su "dios", del mismo modo que concibe las metáforas? Nos inclinamos por esto último.

Estamos, pues, en el polo opuesto de Povilas Petras Stelingis Nor-kute, que sin establecer un análisis en profundidad escribe al comentar el poema *Mi Dios*:

"Como el Dios de los cristianos, el Dios de Magallanes Moure es Dios de amor. Pero no es el Crucificado, que todos los días en la unión del pan y del vino convive con los hombres, sino un Dios que habita más allá de este mundo minúsculo en las alturas, a inmensa distancia de la tierra. Su Dios, como el Omnipotente Jehová del Antiguo Testamento, es terrible en su grandeza, pero también es suave, como es suave el amor" (op. cit., página 151).

Disentimos absolutamente. Ese "Dios Amor" de que nos habla Stelingis no puede ser interpretado como un "Ser personal". Es una aspiración, un ideal "creado" de belleza y amor, que indica, claro está, una tendencia de ascensión espiritual, pero que no coincide ni significa la aceptación de un contenido real, existente fuera del hombre y del universo.

Las palabras tienen el sentido que se les da y Magallanes prefiere “*crear su Dios*”, al que confiere atributos divinos, pero muy diversos en su esencia del Dios dogmático.

En ese mismo poema hallamos una explicación de lo que estamos afirmando. Se titula *Mi Dios*, no *Dios*. El adjetivo posesivo “mi” no expresa un acto de amor. Es la precisión de un concepto. Magallanes tiene “*su concepción de la divinidad*” y esa es la que aparece aquí y en otras partes.

Ya nos dijo que: “*Para mí es Dios todo lo que no comprendo, todo lo que es misterioso. Lo desconocido es Dios. Lo inexplicable dentro de nosotros y fuera de nosotros*”. Por eso en *Mi Dios* rechaza al Dios de los cristianos, al decir:

*Mi Dios es grande, más que el tuyo es grande
y es suave y es terrible en su grandeza.
No lo conmueven dádivas mezquinas,
ni flores delicadas, ni alba cera
que consume ardiendo vanamente.*

Es verdad que el poema nos habla de una divinidad que “*se conmueve con la honda queja*” y que no permanece sorda al angustiado lamento que “*el dolor arrancó al alma*”. Es verdad que a ella sólo llega el “*alarido*” del poeta y al encontrar a su amada siente que “*su dios*” “*lo ha oído al fin*”; es verdad que lo ve en “*la tierna mirada de la amada*” y lo oye en la “*voz cálida y lenta*” y en la misteriosa armonía de sus corazones, pero ¿qué Dios es ése? Un hermoso recurso poético, que condensa un anhelo, pero que se diluye en la vagüedad.

Recordemos que en 1922 escribía desde París: “*Dime lo que piensas y juntos trataremos de encontrar a Dios. ¿Quieres?*” (carta a Mireya).

En un todo vital indefinible se entrelazan la armonía, lo divino, la belleza, la mujer y el amor.

Magallanes vivía angustiado por este “vacío de lo eterno”, por

este "peregrinaje de lo Absoluto". Nos tocó en suerte conocer el manuscrito de otro poema: *He subido a la cima de este monte*. Su hondura produce vértigo:

*Así llevando a cuestras MI ATEÍSMO
como una cruz aplastadora, ando
fatigado de todo y de mí mismo!
Andome a sí cayendo y levantando
hasta que llegó el día, inmenso día,
en que al mirarte, me quedé temblando.*

Obsérvese en esta otra versión cómo el poeta modificó y atenuó el sentido de la primera estrofa:

*Así cargado con MI ESCEPTICISMO
como una cruz enorme, ando
fatigado de todo y de mí mismo!*

Escepticismo y no ateísmo. Duda y no negación. ¿Es un retroceso o un grado más de acercamiento? La "duda" es fecunda. Recordemos a Descartes. Es un equilibrio inestable, que expresa la *inquiétude del alma*. Un rayo de luz puede más fácilmente inclinar la balanza y contemplar en éxtasis la posesión de la verdad. Magallanes se quedó a medio camino, pero vibra en su poesía la búsqueda de algo más trascendente, que no halla satisfacción en la caducidad de lo contingente. Va a tientas, con la secreta esperanza de un resplandor repentino:

*Por amarte dí al olvido
la santa paz de mi huerto.
Mi amor ahora está muerto
y mi huerto está florido.*

TODO PASA, NADA ES ETERNO
LA PRIMAVERA LE DICE AL INVIERNO.

En este poema, *Nueva canción de Primavera*, ¿nos encontramos frente a la negación de todo valor absoluto o encierra sólo la de todo lo temporal? Por lo menos no está negada la felicidad ultraterrena, nuevo elemento que aparece en *Mi amor: está enfermo*, poema inédito, de vastas proyecciones psicológicas, en el que vuelve a aflorar el desgarramiento de su alma. Un toque de fina emotividad filial nos presenta a su madre:

*Porque no tengo madre, mi pena es sin consuelo.
Mi madre se fue al cielo,
yo me quedé en la tierra
buscándola, y mi espíritu
desde aquel día yerra,
solitario en el mundo.*

Pocas veces percibimos en su poesía el optimismo del vivir. A través de toda su obra se oyen los quejidos de su drama interior, que anhela la felicidad en el amor sin proyecciones hacia la eternidad.

Canción de la felicidad, escrita en San Bernardo el 17 de febrero de 1920, recoge un instante de suprema dicha. Al tenerla entre sus manos desea desfallecer y "suavemente dejar de ser" porque "el ensueño se hizo verdad".

Nos llama la atención esta actitud del poeta, que anhela morir precisamente cuando la posesión del amor lo ha llevado a la satisfacción suprema:

*Yo quisiera morir ahora
que mi ensueño se hizo verdad.
Yo quisiera morir ahora
que eres mía, felicidad!*

Tantas veces buscada y siempre en constante fuga, la dicha en el amor constituyó para Magallanes un taladro cruel. Por eso ahora que la posee desea:

*Dejar de pensar dulcemente.
Poco a poco desfallecer.
Dejar de pensar dulcemente.
Suavemente dejar de ser.
Desfallecer en un desmayo.
Hundirme en un blando sopor.
Desfallecer en un desmayo.
Morir de amor, morir de amor!*

Hemos tratado en vano de auscultar a través de su poesía y de su rico epistolario qué significa para M. de Avila (1) ese "dejar de ser". ¿Profesó el nihilismo o por ventura cree en una supervivencia de tipo panteísta o tal vez se apropia ese "cielo" que posee su madre? No no sabemos, pero en *Jamás* creemos ver simbolizado un anhelo existencial, que advertimos con frecuencia.

*Ante nosotros las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás.*

Por eso nos parece más bien que Magallanes rehúye abordar el tema y a lo más anota de paso alguna vaga idea, que no permite penetrar en lo hondo de su alma. Así, por ejemplo, *Final de Otoño* tiene como tema central la caducidad de la vida. Dos ancianos contemplan el paisaje y filosofan sobre la existencia humana: "Somos — en nuestra soledad como los viejos — árboles sin follaje. En el otoño — de la vida, perdimos nuestras galas".

Y al pensar en los hijos que ya emprendieron el viaje definitivo anota:

(1) Magallanes utilizó varios pseudónimos en sus diversas colaboraciones a diarios y revistas: C. Verin, Barbouilleur, M. C. Vero y M. de Avila.

.....*Uno a uno*
se fueron nuestros hijos al ignoto
país a donde van viajeros pálidos
que no vuelven jamás.

El "país ignoto" está claramente indicando la ausencia de la fe, que ilumina el misterio de ultratumba, ya que la revelación de Cristo nos habla de ese más allá en la posesión plena de la divinidad o en la privación eterna de la misma.

Finalizaremos nuestro análisis anotando un último aspecto relacionado con su "inquietud religiosa".

Ya hemos señalado de paso que Magallanes Moure conjuga en un todo *Amor-Belleza-Dios*. No aparece, pues, la divinidad en su "*Realidad Absoluta*", sino siempre en una relación subjetiva.

Adoración no es un acto de tributo a Dios. El tema es la belleza escultural de la mujer. Hay éxtasis, un "*temblor sagrado*" ante "*tu virgen y suave desnudez*".

Pues bien, en el momento menos esperado, la evocación vuela hacia Dios.

Con el alma en los ojos te contemplé extasiado.
Fui a pronunciar tu nombre y me quedé sin voz...
Y por mi ser entero pasó un temblor sagrado
como si en ti, desnuda, se me mostrara Dios.

¿Trátase aquí de Dios como belleza infinita, reflejada en su creatura o es un mero recurso poético sin mayores proyecciones religiosas? Creemos que no existe aquí sino una evocación, suscitada por el éxtasis de la belleza que lo envuelve en una "*inefable dulzura*". Es la misma actitud que aparece en *Mi Dios*, pero desde un ángulo diferente. Aquí se sitúa en primer plano la posesión del amor, después

que el ansia secreta de misteriosa armonía subió al cielo en "*alarido de angustia*".

Ya en 1910 advertimos esta ascensión espiritual cuando está presente el amor. *La misa al aire libre*, poema de *La Jornada*, mezcla estos dos elementos con exquisita delicadeza. En aquella época aún existía en él la fe, circunstancia que se advierte en sus versos simples y emotivos.

La naturaleza sirve de marco a la celebración del Misterio Eucarístico. El artista capta hermosamente el panorama estético, que le prodigan el aire fresco con olor a flores, los olmos altos y susurradores y el primaveral follaje con hilos de oro.

Frente a la *Virgen bella*, la misma que más tarde recordará con añoranzas en *Angelus*, eleva al cielo una oración:

*Bella Virgen Madre, mi ruego escuchad.
Si ella es toda hermosura, toda bondad,
dale, Virgen, también la felicidad.*

*Así le decía a la Virgen hermosa
y los árboles con su voz rumorosa
hacían coro a mi oración silenciosa.*

Después de haber tratado con sinceridad de escudriñar los matices religiosos de su arte poético, se nos presenta Magallanes Moure con su amor angustiado o en la dicha de la posesión, en persistente tensión hacia un *Dios desconocido*, pero continuamente anhelado. La fe perdida dejó abierta una herida, que sangra en sus versos con dolor. Lo vemos en continua búsqueda.

El 5 de septiembre de 1922 escribía a Mireya desde París narrándole la odisea que le significó el viaje a Oberammergau, para asistir con Ried a la célebre representación de la Pasión (en *El mar*

trajo mi sangre Alberto Ried recuerda, sin emoción religiosa, “el *Passionspiele*”). Lo que impulsa al poeta Magallanes no es precisamente el mensaje redentor. Le interesa el espectáculo artístico, que describe minuciosamente, salpicando su narración con un humorismo ingenioso y por momentos mordaz. Añade al final:

“Ocho horas mojado, helado, entumecido es para entibiar el entusiasmo más encendido. Sin embargo, puedo decirles, mis pipunchas, que en ningún momento dejé de experimentar interés a pesar de todo”.

Y en otra carta dirigida desde París a su esposa y a Mireya el 28 de mayo de 1922, vuelve sobre el tema de su inquietud existencial:

“Me fui al Luxemburgo, recorrí el museo, lleno de gringos y gringas estrafalarios y en seguida estuve largo rato en los jardines leyendo un libro de ... *teosofía* como remedio para la pena”...

Es la “*nostalgia de Dios*” que lo lleva por diversos caminos para encontrar la total posesión de la luz.

En 1924 un repentino ataque al corazón tronchó su vida.